

# La muerte de Jesús: realidad y teologización

---

**Ignacio Ellacuría**

*Nota de la redacción. El 19 y 21 de enero de 1982, Ignacio Ellacuría tuvo dos conferencias, en Madrid, sobre la muerte y resurrección de Jesús. Hasta ahora, estos textos han permanecido inéditos. Los publicamos ahora, según las transcripciones que nos han llegado de ambas conferencias. Mantenemos el tono oral y personal de los textos con un mínimo trabajo de edición. Añadimos la presentación y los coloquios que siguieron a ambas conferencias.*

*La primera conferencia, del 19 de enero, aborda el problema que ofrece la muerte de Jesús, remitiéndose a un artículo que escribió con anterioridad "Por qué muere Jesús y por qué le matan", Misión Abierta, 10 (1977), pp. 176-186. La segunda conferencia, del 21 de enero, la publicaremos en el próximo número de esta revista con el título "La fe pascual en la resurrección de Jesús". Un esquema de la conferencia ya ha sido publicado, en Ignacio Ellacuría, Escritos Teológicos II, San Salvador, 2000, pp. 89-93.*

*Notará el lector que en los coloquios posteriores a las ponencias resuena con vigor el Ellacuría no solo teólogo y científico, sino el ser humano y cristiano, el Ellacuría que ubica su ciencia en la realidad real, deja ver su compromiso humano —en el cual se enmarca su pensamiento— y hace de su teología interpe-lación humana y cristiana. Como en la sociedad y en la Iglesia actuales, ese vigor va bajando de tono, ésa es otra de las razones para publicar estos inéditos.*

\* \* \*

## **Presentación**

Hemos estado hasta el último momento sin saber si íbamos a poder contar con él o no.

Para mí, Ignacio tiene dos méritos fundamentales. Uno es que gracias a él contamos con una serie de publicaciones del doctor Zubiri, porque Ignacio es

como la mala conciencia de Zubiri. Al mismo tiempo que su gran amigo, que continuamente le está pinchando para que no se quede en el silencio. Gracias a él tenemos toda una serie de publicaciones de Zubiri. Eso ya es un mérito muy serio.

Otro mérito es el puesto que él ha tenido, que ya no tiene, lo tiene en el exilio, de ser rector de la UCA de San Salvador —en los carteles se habla de Managua, pero todos saben que es de San Salvador— y la labor que está haciendo para que conozcamos algo de lo que está pasando allí. Está haciendo de conciencia de todo un mundo muy engañado por la prensa, muy engañado por el clima, que se ha creado en torno a la situación de aquellos países, Guatemala, El Salvador, pero que él está tratando también de despertar.

Dijáramos que Ignacio Ellacuría es un despertador de conciencias, no sólo a nivel teórico, como en el caso de Zubiri, sino a un nivel mucho más práctico y mucho más concreto, como es en el caso del papel que está desempeñando en favor de estos pueblos, de los que todos empezamos a tener conciencia de la situación en que se encuentran, que es muy seria y muy grave.

No digo más y le paso la palabra a Ellacuría para que nos pueda exponer su primer tema.

\* \* \*

## **Ponencia**

Muchas gracias, y vamos a ver qué hacemos.

A mí me sorprendió un poco que tuviera que hablar hoy y el jueves, porque la otra vez que tuve la ocasión de estar aquí, en el congreso teológico sobre la pobreza, acepté participar en este curso, pero no sabía en qué fechas. Así es que estoy aquí por casualidad; por eso, el misterio, la sorpresa. Además, me veo entre ilustres doctores todos y teólogos importantes, y con dos temas bastante duros, complejos y largos de desarrollar, pero vamos a afrontarlos.

El de la muerte de Jesús se llama aquí *realidad y teologización*. Yo escribí hace unos pocos años un artículo, que es el que aquí, en este tema, voy a seguir fundamentalmente. Se titula "Por qué muere Jesús y por qué le matan".

Normalmente, cuando se habla de la pasión de Jesús, etc., siempre se habla de que murió por nuestros pecados y se hace una teología expiatoria, en que acentúan y se fijan más en esta parte, que luego desentrañaremos: que sí, que murió por nuestros pecados, y se ignora completamente la idea de por qué le mataron, que es la otra parte de la cuestión.

Y bien, lo que sería el tema de "por qué muere Jesús" es una teologización de la muerte de Jesús, mientras que "por qué le mataron" es la realidad de la

muerte de Jesús. Los dos aspectos son importantes, como trataré de desentrañar, aunque sea de una manera rápida, aquí con ustedes.

Entiendo que el punto radical para entender por qué murió es ver por qué le mataron. Eso nos hace entender bien el significado soteorológico o salvífico de la muerte de Jesús, pero para ver esa muerte y ese valor soteorológico o salvífico —que nosotros no negamos, sino que afirmamos— y para entender su sentido real, profundo, hay que volver a la idea de por qué lo mataron.

El suceso histórico de la muerte de Jesús, a veces se tiene en cuenta, pero sin profundidad y sin seriedad. Se tiene en cuenta por razones ascéticas. Por ejemplo, la gente, entonces, medita sobre los dolores de Jesús, en el huerto de los olivos, sobre el juicio ante Pilatos, sobre la flagelación, sobre la crucifixión, etc. y se hacen meditaciones ascéticas sobre este asunto para decir cuánto sufrió por nosotros, cuánto nos amaba, hay que sufrir también, conmoverse, y la Virgen dolorosa que sufría con su hijo... Es decir, es un planteamiento personal y psicológico, que está bien y es interesante, pero no abarca todo lo que ahí sucede, y desvirtúa después el significado *de muerte por nuestros pecados*.

Digamos también que los pueblos, en general latinos, tanto aquí en España como en Latinoamérica, con buena penetración, hacen mucho hincapié en la pasión, a diferencia de los pueblos europeos, hasta ahora al menos. Hay grandes celebraciones pascuales, pero no hay grandes procesiones del resucitado. Lo que a los pueblos latinos les gusta es la crucifixión, los azotes, los pasos de la pasión y muerte.

Esto, en realidad, dejando el aspecto psicológico, es algo realmente profundo, porque nuestros pueblos, los pueblos que celebran eso, los pueblos del mundo —ya menos en España—, los pueblos del tercer mundo, en realidad, lo que tienen en sus vidas es pasión, lo que tienen en sus vidas es que están siendo matados y por eso celebran lo que viven, que es su muerte. Y ahí no se engañan, y ahí penetran bien, y ahí encuentran refugio, en el evangelio, en la vida de Jesús. Es un elemento profundo.

Bien, desde ésta perspectiva, quiero tratar este asunto, pero antes quiero hacer otra alusión, que me parece importante. Yo, supuestamente —aunque varios de los colegas que están aquí de alguna manera también lo son—, sería de los teólogos que llaman de la liberación. Los teólogos de la liberación se caracterizan, entre otras cosas, por querer juntar la realidad histórica, lo que sucede día a día con, si queremos llamarlo así, la realidad transcendente, es decir, la realidad que sobrepasa la historia. Esto se hace en diversas medidas o pesos.

Yo no diría que la clásica teología europea ha desconocido absolutamente la dimensión histórica, pero supone poco para ella, y desde luego no acepto, contra lo que nos suelen acusar, que la teología de la liberación sólo trate de la dimensión histórica —me gusta llamarla histórica más que sociológica o política, por-

que abarca mucho más—, y que descuidemos la dimensión trascendente de los problemas teológicos.

No es así, y ustedes ven aquí, en el mismo título, la pregunta de por qué muere Jesús, que sería una pregunta en la línea de lo trascendente, de lo no verificable, de lo no inmediatamente influyente, en nuestra circunstancia histórica; mientras que la pregunta por qué lo matan es una pregunta completamente verificable, completamente constatable, dentro de lo que cabe en el Jesús histórico, que ha sido el tema de esta conferencia. Pero sepamos o no con precisión lo que le pasó al Jesús histórico, es sumamente importante. No se trata de meditaciones piadosas para unos ejercicios espirituales, sino que es su historia, algo de profundo significado teológico.

Entonces, esta introducción les hace ver por dónde se mueve el tema y por dónde me muevo yo al enfocarlo, es decir, dar la dimensión histórica de lo trascendente, dar la dimensión trascendente de lo histórico. Y entonces, no hay dualismo ninguno entre lo que uno hace cuando hace teología y cristianismo y cuando hace política o historia.

### 1. Por qué matan a Jesús

Los teólogos de la liberación somos acusados permanentemente de hacer política, ni siquiera nos conceden esto de hacer historia. Y realmente nos preocupamos de la realidad histórica, en su dimensión teológica, en su dimensión profundamente cristiana. Y aquí van a verlo, de una manera directa, cuál es el sentido teológico de esto, en un punto tan central, como es la muerte de Jesús y la resurrección. Lo van a ver y, entonces, quizá entiendan por qué matan curas en América Latina. Algunos de ellos compañeros muy cercanos a nosotros.

¿Por qué los matan? Eso es fácil de responder. Ustedes oirán siempre que los matan por meterse en política, y entonces parece que no mueren por nuestros pecados o que su muerte no es salvífica, y eso es lo que quisiera yo evitar. Porque Jesús, como enseguida veremos, si usted pregunta a un romano o a un saduceo, que son los ricos de su tiempo, y en medida más compleja, a un fariseo o a un escriba, "bueno ¿y por qué murió este señor?", le responderían como responde el evangelio: "porque se metió en política". No dirían nada de que murió por nuestros pecados. ¡A quién se le ocurre! Entonces, también los romanos de hoy en día...

Ya saben quiénes son los romanos. Por lo menos en América Latina está bien claro. Les voy a dar una pista, el imperio, los escribas, los fariseos y algún que otro sacerdote jerarca, de los que hay que decir, afortunadamente, que no son los más, ni los mejores. Si preguntan por qué se persigue a la Iglesia en Guatemala, en El Salvador, en Bolivia, en Chile, en Paraguay, en Brasil —¿en dónde no se persigue a la Iglesia en América Latina? también dirán, "porque se meten en política, porque son comunistas, porque son rojos". Por cualquier cosa de ésas, es decir, lo mismo, salvando las distancias, que lo que pasaba con Jesús.

Esta dualidad entre por qué muere y por qué le matan está ya en la Primera Carta de los Tesalonicenses de San Pablo que, como saben, es el primer escrito del Nuevo Testamento. Aquí hay dos textos de San Pablo que se los voy a leer. Dice uno de ellos, en el Capítulo 5, versículos 9-10: "Porque Dios no nos destinó a la ira, sino a adquirir la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo, que murió por nosotros" —morir por nosotros o morir por nuestros pecados es equivalente—, "murió por nosotros a fin de que lleguemos a la vida conjuntamente con El". Hay aquí una manera de expresar que Jesús murió por nosotros y sin ninguna referencia histórica.

Aquí está, pues, señalado el carácter más trascendente, pero no quisiera llamarle teológico, porque tan teológico es un lado como el otro. Y es que decir que el Jesús histórico, el que vivía en Nazaret, no tenía nada de teológico, comprenderán ustedes que es un gran error, porque es la fuente de toda teología. En cualquier caso, en esa misma carta, San Pablo tiene este otro texto: "Pues ustedes hermanos se hicieron imitadores de las iglesias de Dios que están en Judea, en Cristo Jesús". Ya ven, imitadores de otros miembros que son las iglesias en Judea, que son históricas. Y él dice: "En Cristo Jesús, porque también ustedes padecieron de parte de sus compatriotas las mismas persecuciones que ellos de parte de los judíos, los que mataron al Señor a Jesús y a los profetas".

El primer texto es trascendente: "murió por nuestra salvación, murió por nosotros, murió por librarnos de la ira eterna". En la otra parte, San Pablo, que en general no se caracteriza mucho por su historicidad (no voy a entrar en este punto) dice: "Pues ustedes han padecido persecución de sus compatriotas como las iglesias cristianas de Judea han sufrido persecución de los judíos". Le rodea gente histórica, y de estos judíos dice: "Los que mataron al Señor Jesús y a los profetas". Explica, pues, que mataron a Jesús y los profetas. Aunque brevemente, quiere señalar esta dimensión histórico-teológica de la muerte de Jesús. Realmente hay que leer así el evangelio y la figura de Jesús, con esa pregunta que es más histórica de por qué le mataron.

Bien, si ustedes leen los evangelios, encontrarán una creciente oposición entre Jesús y sus enemigos, a partir del momento en que Jesús empieza su predicación pública y aparece como un desconocido, un nuevo profeta que sorprende a la clientela, sorprende a la gente sencilla. Esto va avanzando y va constituyéndose en una oposición cada vez mayor.

No tengo mucho tiempo para analizar este crecimiento de la oposición o por qué los enemigos de Jesús se oponen a Jesús. Sintéticamente puede decirse que Jesús y sus enemigos, quiénes quiera que sean, representan dos totalidades distintas, que pretenden dirigir, contrapuestamente, la vida humana, es decir, Jesús tiene una visión total de la vida y sus enemigos tienen otra visión también total de la vida humana.

Cuando sobre la vida humana hay dos visiones de totalidad —no las quiero llamar totalitarias para no complicar las cosas—, si son contrarias, entran en la vida en contradicción. Pero se trata de dos totalidades prácticas. No son dos totalidades interpretativas, sino dos totalidades prácticas, que llevan la contradicción al campo de la existencia cotidiana, y no sólo al campo de la existencia individual, sino al campo de la existencia social de las relaciones humanas.

Lean con esta perspectiva los evangelios y verán que ya desde Marcos 3, 1-6, y con su correspondiente Lucas 6, 6-11, en la curación del hombre con la mano paralizada, ya aparecen los enemigos de Jesús, espiándolo. Y Jesús, encolerizado con ellos. Como dice el texto: "De ahí los fariseos salieron dispuestos a deshacerse de él".

Hay que leer la vida de Jesús no sólo en la pasión, sino desde su comienzo de la vida pública como una incipiente contradicción entre él y sus discípulos y un poder extraño, ajeno a él. Esa oposición va aumentando y llega a su culmen en el momento de la pasión, donde, al parecer, puede y domina la parte opositora de Jesús y lo aplastan.

Del hecho, pues, si lo leen en los evangelios con cuidado, no hay duda. Ahora, uno se pregunta, por qué persiguen a Jesús. Y esto puede sacarse de diversos lugares. Desde luego, esas explicaciones de que el Padre Eterno movió a los judíos y a los escribas y a los fariseos para que lo odiaran y lo mataran... El Padre poco padre sería, si actuó así. Tienen que verificar que el Padre de Jesús permitió estas cosas, dejó a la historia seguir su curso y hay que ver los factores históricos que ahí intervienen.

Según Juan, si vemos ya en los juicios de Jesús por qué lo persiguen, es cierto que el sumo sacerdote lo interroga sobre sus discípulos y sobre su doctrina. Desde este punto de vista, podría parecer que se trata de un problema puramente de ortodoxia, es decir, si sostenía lo que el pueblo judío, llevado por sus sacerdotes y sus pontífices, sostenía. Pero siendo esto verdad, indudablemente, las cosas que decía Jesús chocaban de diversas maneras con lo que sostenían, en teología y en moral, los judíos. También le preguntan sobre sus discípulos y sobre sus seguidores. Viendo que ahí se suscitaba un movimiento real de Jesús con sus discípulos, que iba a entrar en contradicción con el movimiento real de los sacerdotes, los pontífices y los judíos seguidores, que les iban a disputar el dominio que tenían sobre un país, que era fundamentalmente teócrata, es decir, sobre el que dominaban, de una u otra manera, los que dominaban la religión judía. Y es interesante resaltar que los guardianes, cuando se mofan de él con la caña, lo insultan como si fuera un profeta. No que le creyeran profeta, pero sí, ironizaban de que Jesús se hubiese hecho pasar por profeta.

En el juicio ante el sanedrín aparece otro dato sumamente importante, pues lo acusan de querer destruir el Templo. Ahora bien, ¿qué era el Templo para el pueblo judío? El Templo era todo para el pueblo judío. No sólo era el símbolo

de la religión, sino que era el símbolo del pueblo, era el símbolo de la patria, era el símbolo de todo. También era la gran banca del pueblo judío, el gran lugar de negociar, el gran lugar de atracción de todos los judíos de la diáspora. Entonces, el acusarlo de querer destruir el Templo no era, obviamente, querer acusarlo de destruir un edificio bonito, que había en Judea, sino que era como ponerse en colisión y en pugna con un pueblo centrado en lo que significaba el Templo, desde el punto de vista religioso y político.

Tenemos, pues, acusaciones teológicas, acusaciones intermedias teólogo-políticas por el significado del Templo, y, finalmente, tenemos las acusaciones hechas ante Pilatos, que era el representante político del imperio romano, en ese momento.

Y ahí, Lucas nos ha dejado la acusación que, en definitiva, es la que le va a costar la vida a Jesús, y que, por lo tanto, es donde culmina esa pregunta de por qué le matan. En el texto de Lucas 28, 2 se dice: "Hemos encontrado a este hombre excitando al pueblo a la rebelión, impidiendo pagar los tributos al César y diciéndose ser el Mesías Rey". Como ven, son ya acusaciones puramente políticas, de subversivo. "Este hombre, excitando al pueblo a la rebelión". ¿A la rebelión contra quién? A la rebelión contra las autoridades, a la rebelión contra el imperio romano, impidiendo pagar los tributos al César, que era como la prueba de la sumisión, y diciéndose ser el Mesías.

Nosotros, cuando oímos "Mesías", lo entendemos teológicamente, y el Mesías en griego significa Cristo. Y cuando leemos que "éste se ha hecho el Cristo", lo que nos llama la atención es que éste se haya hecho el Hijo de Dios, se haya hecho una persona transcendente. Pero el judío, cuando oía esto, no oía nada de Dios, oía "Cristo", que significa Mesías y Mesías significa el ungido y el ungido es el rey, que va a hacer un reino, en este mundo, frente al reino que había entonces.

Pilatos sabía bien que el Mesías era algo que se oponía al César, se oponía al imperio de los romanos. De ahí la pregunta de Pilatos: "¿Eres tú el rey de los judíos?". Pregunta que, por cierto, Jesús evade.

Entonces, este análisis, que se puede profundizar, demuestra que Jesús es matado por este tipo de razones bien concretas de índole político, de índole histórico. Y de ahí va a empezar a arrancar la reflexión teológica, de este hecho histórico.

Ahora importa poco si estas acusaciones son verdaderas o falsas, porque las razones que dan para condenarlo son una ulterior pregunta: ¿es verdad que Jesús andaba levantando a la gente, diciendo que no pagaran impuestos, diciendo que él era el rey, el Mesías? ¿Es verdad que él tenía una doctrina que no era ortodoxa para los demás? Esas son preguntas ulteriores que, para nuestro propósito, no es lo más interesante, porque siempre se puede decir que lo mataron equivocadamente, que lo mataron falsamente, pero las razones son las que recogieron los evangelistas. Creo que ese es el punto importante.

Por lo demás, ya saben el cartel que había encima de la cruz, lo que los romanos llamaban el *titulus* o título, en el cual ponían la sentencia, la acusación principal, que había contra el condenado a muerte, contra el crucificado. Y ahí estamos acostumbrados a leer "rey de los judíos", como si supuestamente le condenan por querer ser rey de los judíos. A esto se puede responder que es una acusación falsa, pero sobre eso habría que discutir bastante, cosa que no vamos a hacer.

Sólo les voy a dar una pista: a nadie lo acusan de algo que no tenga nada que ver con su vida. A mí, si me van a matar los salvadoreños, no me van a decir que me van a matar porque soy astronauta. Si a uno le dicen que es un soberbio, puede que no lo sea, pero a veces lo parece. Aun en las acusaciones falsas, a uno no lo acusan sobre algo para lo cual no hay ningún pretexto. A Jesús le podrían haber acusado de ladrón, de mujeriego, de adúltero, pero como no era nada de eso, pues no daba apariencia de ello. Por ahí no fueron las acusaciones. Fueron las acusaciones por algo que él aparentaba ser. Realmente, predicaba a la gente y la gente se movía y decía: "estos fariseos, estos sacerdotes, estos ricos, estos romanos...". Suscitaba un movimiento de liberación entre la gente, de descontento, un movimiento de transformación, de conversión.

Que no era un líder político estrictamente, es evidente. No era un político, no era un zelote, no era un guerrillero, no era un Barrabás, evidentemente. Pero tampoco era un esenio. Ya saben quiénes eran los esenios, los monjes de aquel tiempo. Ellos también se las traían, como quien dice, pero se las traían por escrito. Pero ése es otro punto.

Jesús era alguien que intervenía realmente en la historia de su pueblo, a través de una predicación trascendente, a través del anuncio de Dios, etc. Y eso es por qué persiguen a Jesús.

## 2. Por qué muere Jesús

Ahora entramos en el problema sobre cómo de esto salió la línea teológica: murió por nuestros pecados, murió por nuestra salvación, celebró la eucaristía ¿Cómo se junta una cosa con otra?

Por un lado, es evidente el carácter histórico que les estoy señalando de la muerte de Jesús. Y para los primitivos cristianos, para las primeras comunidades y luego para el resto de la Iglesia, también parece evidente la afirmación dogmática de que Jesús murió por nuestros pecados. O sea, ahí tendríamos dos cosas, y el problema importante es ver cómo se ligan estas dos cosas, qué tiene que ver la una con la otra.

¿Por qué eligió este tipo de vida Jesús, para mostrarnos la salvación de nuestros pecados? Este es un punto importante, y para abordarlo hace falta entrar en el difícil tema de la conciencia de Jesús. ¿Sabía Jesús por qué moría, sabía Jesús que moría por nuestros pecados?

Yo no sé cuántos de ustedes están habituados a la reflexión teológica y enterados sobre la bibliografía que hay sobre este asunto. Tampoco quisiera yo venir aquí a escandalizar, para el poco tiempo que voy a estar. Pero para dar una respuesta, hay que decir "sí, pero no", "no, pero sí". Desde luego, hoy está aceptado que Jesús no tenía la conciencia clara, explícita, total, de lo que después aparece en el Nuevo Testamento, atribuido a él.

Pero tampoco puede decirse que Jesús no tenía ninguna conciencia, ni de su ser, ni de su divinidad, ni de su filiación divina, ni de su valor soteorológico, etc. No sé si me explico con esto. Ustedes digan "sí, pero no", "no, pero sí", y así no se les escapa nada. Este es un gran tema que ¡ojalá! se trate en otra ocasión con mayor longitud. Hay mucha discusión entre los teólogos. Pero en esto, incluso los teólogos más ortodoxos han avanzado bastante sobre aquella concepción de ¿cómo no va a saber, si Jesús es Dios!, y ¡cómo no va a saber Dios para qué muere y por qué muere!

No nos preguntamos si Dios sabía o no sabía. Cuando nos preguntamos por Jesús, nos preguntamos por su conciencia humana, la conciencia de aquella persona que estaba en Nazaret, la conciencia que fue crucificada, aquella conciencia que grita, "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".

Esas distinciones de que con la parte superior de su alma tenía la visión beatífica y estaba feliz, y con la parte inferior de su alma no lo veía y sufría... Eso de la parte superior e inferior del alma no sé quién lo ha encontrado. No sé si ustedes experimentan ese fenómeno psicológico de que con la parte superior están felicísimos y con la parte inferior están desgraciadísimos. Son explicaciones psicológicas bastante incoherentes.

Yo aquí doy por aceptado que Jesús es Dios, pero no nos planteamos el problema de qué es lo que sabe como Dios. Nos preguntamos por aquel hombre de Galilea que hablaba, que dudaba, que gritaba, que agarraba un látigo. Esa persona, de la que luego teológicamente decimos que es una sola persona con la segunda persona de la Santísima Trinidad. Esa persona. ¿qué es lo que veía?

Es evidente que Jesús no fue a la muerte ciegamente. Jesús veía que estaba llevando una vida que le iba a costar la muerte. Entonces afronta conscientemente la vida. Juan dice, por ejemplo, que, algún tiempo después, Jesús recorría toda Galilea, evitando andar por Judea, porque los judíos trataban de matarlo. Es decir, sí sabía que lo iban a matar, pero no por una presciencia divina de saber "me van a matar y va a ser el Viernes Santo, y va a ser de esta manera, y voy a hacer el juego a mis discípulos para intentar engañarlos, para que no sepan". No, Jesús sabía que lo iban a matar, y que si iba por Judea, corría mayor peligro. Se escapaba cuando podía; realmente, él calculaba. No era, en ese sentido, digamos, un inconsciente.

Un paso más. Si le preguntaran a Jesús por qué —pongámoslo ahora desde este punto de vista— creía él que debía ofrendar su vida, o qué es lo que le iba

a costar su vida, o por qué cosa estaba dispuesto a ofrendar su vida, y añadirían con razón: "¿no ves que lo que estás haciendo y predicando te va a llevar a morir?". Jesús respondería: "sí lo veo, veo que los judíos están más sobre mí". "¿Y por qué sigues en ese camino?". Genéricamente, diría: "porque es mi vocación, porque mi Padre me lo pide, porque es la voluntad de Dios".

Nosotros conocemos mucha gente en El Salvador, y tuvimos un caso egregio, que también es claro por qué también lo mataron. Es Monseñor Romero. Monseñor Romero sabía que donde iba, iba mal. Le decía la gente: "¿por qué no se pone guardias? ¿Por qué no deja de predicar?". El respondía: "no, no puedo dejar de predicar. ¿Cómo voy a dejar de predicar, si soy el pastor?". "Pero eso le puede costar la vida". Y respondía: "Dios dirá".

Pongo este ejemplo, porque en Jesús, eso era claro, concreto. Y con esto llegamos a un concepto que en la teología liberal es el concepto central. ¿Por qué actuaba así Jesús? Por la instauración del reino de Dios entre los hombres. Esto no lo puedo explicar ahora. Estúdienlo, preguntenlo, lean más, cuestionen a otra gente. Es decir, si a Jesús le hubieran dicho "qué estás predicando", es evidente que estaba predicando el reino de Dios, dentro del cual entra el tema de los pecados, de arrepentirse de los pecados, etc... Pero, fundamentalmente, lo que estaba predicando era el reino de Dios.

Entonces, creo yo que, al menos en la conciencia histórica de Jesús, sin entrar en mayores profundidades, si se le pregunta: "¿y por qué sigues la lucha que te va a llevar a la muerte?", y en ese sentido: "¿por qué mueres tú?" Jesús respondería: "porque se instaure entre los hombres el reino de Dios". Me parece un concepto más englobante que cualquier otro, e indudablemente, Jesús tenía conciencia de que su vida era para el reino de Dios.

Un segundo paso que me parece importante. Jesús sabía que su muerte no traía consigo la llegada final del reino de Dios, pero con absoluta confianza en su Padre —porque él tiene absoluta confianza en su Padre—, vislumbraba que su muerte, sin saber cómo —ésta es mi opinión—, o sin saberlo de una manera clara, ese reino de Dios no va a terminar con su muerte. Después de su muerte, como la voluntad de Dios sobre la instauración del reino en la tierra es una voluntad definitiva, su muerte, en vez de resultar una detención al triunfo del reino de Dios, aunque de una manera que él no acaba de vislumbrar de una forma perfecta y total, va a constituir una permanencia y un fortalecimiento del reino de Dios.

Entonces, Jesús sabe por qué muere. Muere por el reino de Dios, y porque Dios quiere que su reino se instale en la tierra. Por eso muere.

Entonces, el reino de Dios nos permite a nosotros dar al mismo tiempo la dimensión histórica y la dimensión teológica de su muerte, el por qué lo matan y por qué muere. Y hacemos entender, lo que es para mí muy importante, la lucha

donde la Iglesia verdadera tiene que luchar. Porque estas cosas, por lo menos nosotros, no las hacemos por jugar o por saber, sino por ayudar a nuestros pueblos y a nuestra gente a que prosigan cristianamente su lucha por la liberación.

Se habla del reino de Dios, efectivamente. Y por eso digo que es el concepto central de la teología de la liberación. Y no es ninguna ligereza, porque pocos teólogos negarán que el mensaje central de Jesús es el reino de Dios. Y si es el mensaje central de su predicación, el reino de Dios bien puede ser el objeto fundamental de la teología.

En el reino de Dios confluyen la dimensión histórica y la dimensión trascendente, porque reino de Dios no es, sin más, Dios, y Jesús no predicó a Dios sin más. Tampoco —si quieren poner el otro término por decirlo— predicó sin más el reino, una nueva configuración de la sociedad, una nueva configuración de la historia, una nueva configuración de las clases sociales o como lo quieran llamar.

Jesús predicaba el reino de Dios. Y el reino de Dios es una confluencia de una dimensión histórica y de una dimensión trascendente. El reino de Dios es la presencia de Dios en la historia de los hombres. No sólo en la subjetividad interior de cada individuo, no sólo en el destino trascendente de la vida humana, sino que es la presencia de Dios en la historia entera de los hombres. Ese es, digamos, el reino de Dios. Y a su vez, visto desde el reino, el reino no es sin más una configuración social, una configuración de partido, una legislación correcta. No, es la vida humana, la historia humana, trascendida por la presencia de Dios. Y no de un Dios abstracto, sino del Dios que se revela en Jesucristo, que es un Dios bien concreto y bien determinado. Porque el Dios abstracto es el Dios omnipotente, el Dios inmenso, el Dios no sé qué. El Dios de Jesucristo, como ustedes bien saben, es un Dios absolutamente escandaloso y loco. Como bien dice San Pablo, escándalo para unos y locura para otros. Es decir, es un Dios bien concreto, bien crucificado, bien escandaloso para los hombres.

Entonces, ése es el concepto del reino de Dios. El ulterior desarrollo de la teología es una explicación y un desarrollo correcto, legítimo, válido de esta idea fundamental del reino de Dios. Pero no lo es su sustitución, y les voy a poner un caso muy concreto. Creer que la muerte de Jesús se desarrolla exclusivamente en la misa, y que quien va a misa fervorosamente, cumple con el significado profundo de la muerte de Jesús. Es decir, que se atiene sólo a la celebración cultural de la muerte de Jesús en la misa, está traicionando la vida de Jesús. Jesús tuvo realmente una celebración eucarística y dijo que se repitiese eso a lo largo de la historia. Pero, además de eso, y más que eso, tuvo una vida que lo llevó a la cruz. Y el que quiera celebrar la muerte de Jesús, que celebre su vida, que lleve su vida y que lleve una vida, a ser posible, que lo lleve a la cruz, que lo lleve a la muerte. Porque no crean ustedes que ha dejado de haber enemigos del reino de Dios. No crean que ya no se matan cristianos o no se matan hombres

comprometidos, porque ya no hay enemigos del reino de Dios. Más bien, no se matan porque los que dicen cultivar el reino de Dios no cultivan el reino de Dios. Me explico. Algunos creen que ya no hay persecución realmente a la Iglesia, porque no hay perseguidores. Y uno se pregunta si lo que falta son perseguidores —que hay muchos—, o lo que falta es Iglesia. O la Iglesia ha bajado de calidad o de categoría cristiana para que ya no la persigan, por lo menos en nuestros pueblos. Con ustedes no me meto, porque no es mi oficio y porque no vivo aquí.

Este, quizá, sea el trasfondo profundo. No significa esto que la celebración eucarística, que la celebración de la muerte de Jesús, que la oración de Jesús, que el trato con el Padre deba desaparecer. No, de ninguna manera. Lo único que significa es que eso no tiene mucho sentido, sin la vinculación con una vida histórica semejante a la que hizo Jesús. Y, entonces, resumiendo, hay que preguntarse por qué lo mataron y por qué muere.

Lo matan por llevar una vida histórica, que incluye una predicación del reino de Dios bien concreta. Entonces esa vida, así arrebatada, se convierte en vida para los hombres, de una manera permanente, trascendente, que eleva esa vida histórica. Incluso esta elevación, creo yo, debe regresar sobre la vida de los hombres y sobre la vida de la sociedad para enriquecerla, porque realmente la vida de la sociedad y la vida de los hombres está llena de pecados, que es también un concepto fundamental, en la teología de la liberación.

Esta gracia de Jesús, este ejemplo de Jesús, esta virtud de Jesús, este espíritu de Cristo, sigue después de su resurrección. Ya lo veremos después. Regresa sobre la historia y realmente va quitando los pecados del mundo, trata de quitar los pecados del mundo, trata de convertir los corazones y trata de convertir la sociedad.

Este tema es un tema inmenso, difícil, complejo. Yo no sé si más los he perturbado que aclarado. Pero por lo menos hay ahí una inquietud. Un poco más desarrollado, esto estaba en un número de *Misión Abierta*, que está agotado, así que no lo vayan a comprar. Pero quizás esté en alguna biblioteca. Es un número de marzo de 1977. Ahí, de una manera más estricta, reducida, se trata ese tema.

## Coloquio

*Pregunta.* Precisamente, yo creo que hay algunos que, hablando de la celebración eucarística, interpretan esta celebración dentro de la dinámica de la persecución, es decir, el evangelio, sobre todo de Lucas, enfocaría la vida de Jesús dentro de la dinámica de la persecución. Entonces, la eucaristía sería como anticipar aquello a lo cual iba a llevar esa dinámica. Entonces, la comunidad cristiana, cuando celebraba la eucaristía, como recoge el evangelio, estaba entrando en esta dinámica, y como quien dice, poniéndose en contacto con Cristo para llevar adelante la misma dinámica que vivió y dejó, en cierto sentido, a la comunidad,

en la celebración eucarística. Y la comunidad, por lo tanto, lo que va a celebrar es esta situación de persecución, la cual vive para entrar en contacto con Cristo, que estaba en esta misma situación. No sé si será acertado.

*Respuesta.* A mí me parece todo muy acertado. El único peligro desviacionista que yo veo en eso es decir eso, que es verdad, sólo de una manera interior. Entonces, viene el sufrimiento, el sacrificio, el dolor interno, una cosa de subjetividad, en lugar de ser la culminación de una historia.

A nosotros, en América Latina, nos es absolutamente evidente que una predicación profética, descarnada, del evangelio no puede menos que traernos persecución, por la misma razón que a Jesús. Los valores cristianos son absolutamente contradictorios con los valores dominantes, en nuestra sociedad, y, por lo tanto, el anuncio descarnado del evangelio no puede menos que entrar en colisión, sin buscarla, por ser puro anuncio del evangelio.

Entonces, realmente, en la eucaristía lo que hacemos es celebrar éso, en su totalidad. Yo no digo que no deban entrar también las angustias de los hombres, los desconciertos, las perplejidades, porque el hombre no es sólo una dimensión social histórica, puede entrar todo. Pero quizá lo hemos descuidado con mucho cuidadito para no entrar en conflicto. Porque ustedes saben que, desgraciadamente, el cristianismo, no les diré que ha sido capturado por las clases dominantes de una forma total, porque el pueblo de América Latina lo conserva bien vivo, y ahí puede volver a rebrotar y reflorece, en su lugar natural. Pero, si realmente es cultivado por aquellas clases dominantes en la sociedad, entonces tratan de evitar todo aspecto que pueda entrar en colisión y lo reducen a una dimensión personal, a veces heroica. Porque, claro, las personas también tienen problemas, en lo personal, muy difíciles y quizá se comportan heroicamente, en su dimensión personal, pero quizá descuidan lo otro.

*P.* Yo estoy conforme, en otro aspecto que has tocado, y es que la Iglesia, allí donde es Iglesia de verdad, entra en conflicto. Yo tengo una experiencia que, por desgracia, no es la de Hispanoamérica. Yo estoy en África y, precisamente, pasa lo contrario. Es la Iglesia que se asusta cuando ve que la cosa se pone mal, y cuando se crea el conflicto trata de suavizar. Estoy de acuerdo que la Iglesia, en ciertos sitios, yo diría en todos, si verdaderamente es la Iglesia de Cristo, entra en conflicto, necesariamente. En eso estoy de acuerdo contigo. Una pregunta de tipo personal, si se me permite. Es saber si eres un exiliado, cómo trabajas y si Jon Sobrino ha sido también exiliado.

*R.* Bueno, yo no he sido desterrado y técnicamente no estoy exiliado, estoy preparando volver. Trabajo en El Salvador y para El Salvador. Jon Sobrino continúa en El Salvador.

*P.* ¿Cuál es su situación allí? ¿Da clases?

R. Eso me llevaría a explicarle cuál es la situación de El Salvador, y es una situación bien compleja. Sí, da clases. Lo atacan los periódicos, a mí también. Es una cosa curiosa. En realidad, en el último año, no están matando sacerdotes y gente de prestigio, por el daño que les pueda causar, internacionalmente. Se dedican a matar pueblo de Dios, en cantidades alarmantes. Este año habrán matado más de doce ó trece mil personas. Gente creyente mucha de ella, gente catequista, gente del pueblo, que sigue luchando y sigue trabajando con enormes dificultades.

Después de la muerte de Monseñor Romero y de muchos sacerdotes, y sobre todo después de las cuatro religiosas norteamericanas, por ser norteamericanas, pusieron, de momento, el tope y el freno a la muerte de personas de la Iglesia cualificada, llamémoslo así. Palabra tristísima, porque ya saben quiénes son los cualificados, en el evangelio. No son los sacerdotes y los escribas, ni los pontífices, aunque sean sumos, sino esa gente que es el pueblo de Dios, esa gente que sigue siendo matada.

Los otros, pues, tienen sus dificultades, tienen que salir del país, no aparecer mucho en público, tener sus cautelas, etc., pero siguen trabajando. Sin embargo, tal vez sólo en San Salvador, aunque no es muy grande, hay cuarenta parroquias abandonadas, porque trabajar en ellas supondría la muerte, tal vez con gran probabilidad.

P. Claro, yo ya peino canas, ¿no? Sin embargo, he sido joven y recuerdo que, siendo yo joven y con amor a la justicia, chocaba con muchas cosas. Y una respuesta generalizada, que ya sabes tú, era la de "mi reino no es de este mundo". Lo ponían en el diálogo de Jesús con Pilatos, cuando le preguntaba "¿eres tú el rey de los judíos?", y responde "mi reino no es de este mundo". Yo leí en tiempos pretéritos una obra que estaba prohibida aquí, que era de Porfirio Miranda, y recuerdo que a mí me asombró muchísimo la aclaración que él hace de la carencia de traducción exacta de la preposición "ex". Porque "ex", como lo dijo Jesús, quería decir "mi reino no procede de este mundo". En cambio, se nos ha traducido "mi reino no es de este mundo". Lo cual quiere decir que nos mete de bruces, de lleno, en la necesidad de implantar el reino de Dios aquí, y los cristianos tenemos que partimos el pecho aquí, por obligación. Entonces, yo no concibo a un cristiano que no se meta en política.

Yo tengo mis grandes discusiones por ahí, y muchas veces con la parte eclesial. Entonces, el problema aquí es que el mal lo tenemos instalado, en el propio seno, de donde debían de partir las directrices, vamos a decirlo así, del reino de Dios. Si quieres hacer algún comentario.

R. Estoy muy de acuerdo. "Mi reino no es de este mundo" tiene diversas interpretaciones, y una de ellas es en la línea que quieren dar estos señores, que quieren alejarse. Podríamos concederles el decir que "mi reino no se agota en este mundo, no termina en este mundo, no se identifica con una cosa puramente de este mundo". Pero de ahí a que esté fuera de este mundo, entonces, ¿a qué

vino? ¿Por qué lo mataron? Siempre hay que hacerse esas preguntas. Y claro, unos responden porque el Padre, en su divina providencia, consintió. Menudo asesino están haciendo al Padre, ¿verdad?

*P.* ¿El reino de Dios en América Latina va creciendo?

*R.* Como el grano de mostaza, pero todavía está pequeñito. En América Latina no es oro todo lo que reluce, en la Iglesia. Es decir, hay espléndidas mayorías entregadas al martirio completamente, hombres, mujeres, laicos, religiosas, de una vitalidad enorme, de una gran comprensión. También teóricos, teólogos, hay incluso obispos, no muchos, pero tampoco escasísimos y algunos realmente heroicos y ejemplares.

Entonces, lo que sí puedo decirte es una cosa que, en general, por lo menos en los países que yo conozco, que es el área de Centroamérica, de las más perseguidas, Guatemala, Panamá, la efervescencia religiosa es enorme. Allí no hay preguntas como aquí, en Europa. ¿Y yo qué hago como cristiano? No se me ocurre nada.

Si usted va por allí, verá que la Iglesia, y los jesuitas, y venga todo el llo, atacando, insultando, diciendo que hay que matarlos, que hay que desterrarlos, que se vayan, etc., y de los religiosos, y de los obispos. Hay una gran vitalidad. Yo suelo decir una cosa doméstica: vocaciones de jesuitas en España, no hay. ¿Para qué voy a ser jesuita en España? Pero en Centroamérica, no tenemos eso. Hay gente que quiere ser seminarista, porque los matan. Y ¿por qué quieren ser religiosos? Porque los matan. Por algo los matarán.

Hay efervescencia y hay reino de Dios, que crece. Pero hay prudencia e inteligencia política, incluso para relacionarse con movimientos que, realmente, no se identifican con el reino, pero que también están luchando por las mayorías oprimidas. Hay mucha vitalidad. Y vitalidad creativa, teológica. Entonces diría yo, además de que pienso que los lugares vivos del cristianismo y la teología son los pobres oprimidos siempre, allí hay muchos, más que en el primer mundo.

Ahora, junto a eso también tenemos otras cosas a veces impuestas desde fuera, por las jerarquías que se nombran... Ya saben que las jerarquías se nombran desde fuera. Pero hay esperanza, nosotros no somos una Iglesia desesperanzada, ni herética —quiero dejar esto bien claro—, ni cismática. Herética no, porque queremos conservar todo el evangelio, y cismática tampoco porque, en realidad, aun con la gente muy comprometida, y con excepciones, no hay la tentación de romper con la Iglesia. Con excepciones, pero hay gente muy comprometida, gente que no está de acuerdo con su jerarquía y con sus superiores, y que no dice "pues que se vayan por ahí, yo voy a hacer mi vida". No es ése el mayor peligro que tenemos. Ni en Nicaragua, que dicen que hay una Iglesia sandinista. ¡Historias! No hay esa tentación, en general.

Así que, digamos, el reino de Dios crece en América Latina.

*P.* Puebla, ¿qué repercusión ha tenido a nivel de comunidades, desde el punto de vista de la cristología? ¿Ha dado en el clavo o ha ido por otros lares?

*R.* Puebla como texto integral no es malo. No es muy bueno, pero no es malo, y admite varias lecturas. Una, que pretende ser frenadora y obstaculizadora. Pero Puebla, como no puede ser menos, cuando se reúne de una u otra manera una Iglesia viva, ha dejado ahí una serie de elementos que, leídos correctamente, permiten avanzar. Entonces, no es una cosa muy entusiasmante como fue Medellín, en su momento.

Está siendo utilizada y manipulada por toda una línea, en el sentido de hacer una lectura europea de la cristología más doctrinal, más teórica. Pero hay suficientes elementos.

Yo diría pues que es usada de distinta manera por distintas gentes, pero no creo que una lectura crítica de Puebla permita frenar ninguna de las cosas buenas de la teología de la liberación. Quizá corregir, pero de hecho, no ha supuesto hasta ahora un corte, a pesar de que quien maneja Puebla autoritariamente no está muy de acuerdo con la teología de la liberación. Pero la teología de la liberación se ha ido imponiendo.

Hay muchos teólogos europeos que la apoyan, que la defienden. Hay muchos obispos que la comprenden. Y en realidad, en general, la teología de la liberación no comete excesos, por lo menos en sus mejores teólogos, y puede dar explicaciones de lo que dice.

*P.* He estado hablando con un joven guatemalteco que está aquí de la persecución y todo esto. Han matado a toda su familia. Y él considera que la única solución a los problemas de su país es matar a los tiranos que hay allí.

*R.* Bueno, eso de matar a los tiranos... Decía un antepasado de los jesuitas, el padre Mariana, ya hace siglos, que cuando hay un tirano lo que hay que hacer es matarlo. Entonces, le prohibieron el libro, porque lo decía muy claramente, y no fueran a tomar ejemplo. En Guatemala, el pueblo, como en El Salvador, digámoslo así, está resistiendo activamente una agresión permanente y brutal de los poderes públicos y de los poderes económicos, y en la más clásica de las morales, sin ninguna cosa avanzada está dicho. Y creo haber oído, a propósito de Polonia, a alguna autoridad eclesiástica, que se puede resistir por la fuerza, cuando a uno le hacen fuerza.

Pero tengo que decir, sin meterme en política, ni eclesiástica siquiera, que la fuerza que se está haciendo contra el pueblo guatemalteco y contra el pueblo salvadoreño, no tiene ninguna comparación con la fuerza que se está haciendo contra el pueblo polaco, no tiene comparación ninguna. Yo no digo que la fuerza que se está haciendo contra el pueblo polaco sea buena; digo que no tiene comparación ninguna con la que se está haciendo contra el pueblo guatemalteco y el pueblo salvadoreño. Nosotros llevamos, en tres años, treinta mil muertos. Y

pocos pontífices y pocos obispos se han preocupado como nosotros para protestar contra eso. Esos pueblos están resistiendo y resisten como pueden.

Todo el mundo está legitimado para defenderse, proporcionalmente a la violencia a la cual está sometido. Lo que pasa es que esos pueblos no pueden defenderse proporcionalmente, porque ellos apenas tienen armas, frente a unos ejércitos alimentados por armas norteamericanas. Entonces, la teología de la liberación no predica la muerte, no predica la violencia, quiere la paz y el reino de Dios, pero no quiere que la gente sea asesinada impunemente.

Fuera de eso, surgen movimientos históricos. Por mucho que la Iglesia diga que no surjan, surgen. Entonces, lo que se trata de hacer, fundamentalmente, con esos movimientos, es humanizarlos, cristianizarlos, que no los mueva el odio, el revanchismo, que los mueva la defensa de su gente, la libertad de su gente.

*P.* Antes has dicho que Jesús con sus enemigos representaban dos totalidades prácticas y teóricas. ¿Podrías sugerirnos en dos palabras las dinámicas de esas dos totalidades y también hablar de la verdadera Iglesia? No es una pregunta capciosa. ¿Hoy, por dónde irían esas dos totalidades?

*R.* Bueno, yo diría que la sociedad, en tiempo de Jesús, como casi todas las sociedades, está centrada desde la perspectiva de las minorías privilegiadas y poderosas, y la perspectiva de Jesús es la de las mayorías oprimidas y empobrecidas. Eso lleva a dos perspectivas teórico-prácticas, completamente distintas y opuestas entre sí. De ahí el significado profundo de la pobreza, en la vida de Jesús. Que no es una virtud ascética, sino un principio teológico y sociopolítico. Y puesto desde la perspectiva de las mayorías oprimidas, el mundo, la religión, la sociedad, el cristianismo, representan una totalidad teórico-práctica, completamente distinta, desde el punto de vista de las minorías.

En general, todos decimos que vemos el bien común, que hay que procurar el bien común, y es correcto. Ahora, el bien común ¿desde dónde lo mira? Me van a decir "desde la totalidad". Muy bien, pero desde la totalidad, usted ¿dónde se coloca? Y unos dicen, "en ningún lado, yo neutral porque soy científico". Otro dice, "pues en la sabiduría, en el poder, en la riqueza, en la fuerza". Y otro dice "evangélicamente, el lugar desde donde mirar el mundo es el de las mayorías oprimidas y empobrecidas". Y eso, claro, lleva a escándalos tremendos. Ahí le diría yo que es la totalidad distinta.

*P.* Mi pregunta no es directa sobre el tema de la muerte de Jesús, pero es sobre algo que has insinuado a raíz de las preguntas.

A mí me da la impresión, por lo menos desde el cono sur de América, de que tu juicio, por ejemplo, del CELAM es demasiado benigno, me da la impresión. Eso por un lado. Segundo, creo que si bien Puebla admite varias lecturas, y eso es bueno para ciertos sectores, por ejemplo, para la teología de la liberación, puesto que no los excluye, hay una lectura al menos que no es excluyente. Sin

embargo, creo que también es malo, y es lo que no me explico de Puebla. Que admita otra lectura desde la cual, de hecho, muchos excluyan a esta teología. Entonces, en este aspecto la diferencia con Medellín, que abre perspectivas y no ofrece posibilidades de retirada, me parece que es enorme. Entonces, yo quisiera plantear este problema. Como plantear también algo relacionado con esto. Es cierto que en América Latina y en el cono sur no se plantea aún en los grupos que tienen esta visión. No se plantea la ruptura con la Iglesia, pero aunque no se plantea formalmente, yo no sé qué medidas, tal y como van las cosas, no se tendrá que llegar a determinados planteamientos, por lo menos de cierta ruptura.

R. Bueno, del CELAM digamos que yo he sido prudente y que está en la línea ésta de no romper, que es la línea que seguimos, hasta donde sea posible. Claro, llegan momentos en lo que se puede decir, "hasta aquí llegamos, eso no lo acepto o no lo toleramos más".

Bien, ahora vuelve a ver elecciones, vuelve a sonar que quizá vuelva a salir. Hay que tener un poco de esperanza. Que no dure por mucho tiempo la penumbra en ese asunto. Sin embargo, tengo que decir, sinceramente, que en nuestra actividad apostólica, en Centroamérica, nos encontramos adyacentes a esa parte del CELAM. Pero no nos hemos encontrado todavía con encuentros frontales de condena pública absoluta, de ruptura, de "dices esto o te vas". Por lo menos en Centroamérica no hemos notado eso todavía, y por lo tanto, no hemos llegado a ese asunto.

Con lo de Puebla realmente es también verdad lo que dices. Pero yo no sé si es política lo nuestro o fe profunda. Nosotros no podemos dejar Puebla en manos de ellos. Como no se puede dejar el Vaticano II. Entonces, mal que bien, Puebla fue una obra de la Iglesia, que empezó muy mal preparada, pero logró corregirse un tanto. En las segundas preparaciones del documento inicial se metieron algunos correctivos. Hay una presencia de la opción preferencial por los pobres, aunque luego son inconsecuentes con eso, pero ahí está, entre fundamentos y luego explicaciones teóricas. Pero eso, sobre todo no dejar a Puebla en manos de ellos, porque en Puebla hay muchas manos de hombres. Pero ahí también, de alguna manera, se metió el espíritu de Jesús y, apoyado en eso, hay que decir lo que es importante y lo que es accidental.

Lo de la ruptura. Pues algunos rompen. Yo, el cono sur lo conozco menos, sólo de oídas, no de experiencias reales, y realmente hay momentos en que habría que romper. Es indudable que en El Salvador hay obispos inaceptables, pero no sé, si por providencia, a nosotros no nos han tocado directamente. Siempre ha habido un rescoldo episcopal en que refugiarse y apoyarse.

En El Salvador hay un pequeño caso de ruptura que no es para analizar aquí, pero es una parte relativamente pequeña. No lo hay en Nicaragua, a pesar de que algunos opinan que no es así. No lo hay en Guatemala, por lo menos de una manera manifiesta. Y creo yo que esto es un buen sentido, tanto teológico como socio-político, en estas circunstancias.